



MANE ESPINOSA

Miguel Á. Soler, David López y Javier Bonilla, con la jefa de fotografía Marta Mulas y el director de la película, Jesús Rodríguez (sentado); el ojo es la máscara de uno de los personajes

'Apocalypse Club', la tercera obra del grupo de salud mental CPB, es un descubrimiento de lo que son capaces

Un corto a lo 'Campeones'

ANA MACPHERSON
Barcelona

La escena que querían rodar era la del final de *Casablanca*. Con su "siempre nos quedará París" en medio de mucho humo y los enamorados imposibles cubiertos con sombrero y gabardina. Y lo consiguieron hacer. Les fue bien. Descubrieron que con sus diagnósticos de trastornos importantes de salud mental y sus muchos estigmas y sambenitos podían ocuparse sin problema de la jirafa con el micro, del humo, de la claqueta, de mover la cámara por los raíles de travelling. Podían convertirse en Ilsa y Rick como unos Ingrid Bergman y Humphrey Bogart de la derecha del Eixample.

Se descubrieron. Javier Bonilla (Humphrey) reconoce que tenía cierta experiencia. "De joven tocaba la guitarra ante el público". Y se colocó ante la cámara muy a gusto. Consiguió aprenderse el texto, aunque siempre tropezaba en una palabra.

Ellos, usuarios del club del CPB de servicios de salud mental del distrito, ellos a quienes tanto les cuesta tener relaciones sociales,

valerse por sí mismos para pagar una factura o explicar su opinión fuera de las zonas de confort, podían hacer casi todo en una película. Una muy cortita, pero una película con guion, maquillaje, preparación escena a escena con su *storyboard*, vestuario, ensayos y un intenso rodaje milimetrado.

El principal aporte técnico lo dieron unos amigos cineastas de los profesionales del CPB. El psicólogo Paolo Quintero buscó a

EL CLUB

Personas con grandes dificultades por su dolencia son guionistas, maquinistas, actores...

Jesús Rodríguez, técnico de cine digital en Antaviana Films, que aceptó el reto y dirigió la película, en la que participaron Marta Mulas y otros compañeros técnicos junto a los profesionales del CPB y especialmente del club, de donde partió todo.

El siguiente paso después de la buena experiencia fue presentarse a un concurso de anuncios contra el estigma que organizaba la entidad Obertament bajo el lema

"Da la cara por la salud mental".

Se presentaban agencias de publicidad, pero eso no arredró al Club del CPB. Ganaron el tercer premio y David López, miembro del club situado cerca de Sagrada Família, habitualmente tímido en sus relaciones públicas, soltó todo su texto mirando a cámara, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Se descubrió como actor y locutor. "Creo que soy más confiado y más compañero. Me cuesta hacerlo, pero me gusta ser protagonista".

Un cheque de 500 euros. "Y con ese premio financiamos la siguiente", explica Tina Ureña, la coordinadora de rehabilitación. El Club del CPB es bastante asambleario, así que se abrió el turno de ideas y salieron bastantes. Las ideas incluían elaborar el guion, los dibujos con el vestuario posible, los personajes...

Todas, doce historias, podían ser cinematográficas, concluyeron. Así que se propusieron ligarlas para crear su *Apocalypse Club*, un corto que incluyó las 12 propuestas con un hilo conductor suficientemente amplio: un ataque zombi por culpa de un virus.

Triunfaron de nuevo. En el país del Texas los aplausos no aca-

baban. Hay zombis, hay manía persecutoria, una historia de maltrato, animalitos en el bosque, está el hombre del futuro con una cabeza en forma de gran ojo...

Durante semanas y semanas, los cineastas aficionados y los profesionales, mezclados todos juntos bajo el gobierno de los profesionales del CPB, fueron tejiendo los montones de detalles que componen una película antes de que se ruede. "Me sorprendió

COMO UN RELOJ

El rodaje milimetrado por pacientes y técnicos fue la prueba de que juntos funciona

mucho ver tantas cosas que tenían sentido", reconoce Javier Bonilla.

Marta Mulas, directora de fotografía descubrió no sólo que podría entablar una relación normal con personas de un mundo a veces muy oculto, "sino que podía perder la vergüenza y dar clases". David López señala entre sus descubrimientos que sus compañeros fueran "tan válidos como yo". Miguel Ángel Soler, que no es tan

sencillo manejar la máquina por el travelling para que la cámara siga la acción.

"Nuestro taller de cine se ha convertido en una experiencia de gran importancia terapéutica. Para personas con problemas de salud mental graves, muy medicados, que no pueden ir a trabajar, la experiencia de la película ha sido la demostración de que ellos han hecho que todo ¡funcione!", explican Tina Ureña y el director del centro, Joan Vegué. "Y una vivencia que les ha hecho disfrutar profundamente. Eso escasea en sus vidas".

Otro descubrimiento: "los profesionales hemos pasado de pensar qué les conviene a darle espacio al paciente, de igual a igual". A eso han llegado con un largo trabajo, no sólo de cine. También de flamenco, de viajes...

Todo estaba preparado. Todo. Y contaban con dos días y medio para rodar. 12 horas cada jornada. Todo el mundo—16 usuarios, 33 técnicos, 11 amigos del director de la peli para hacer de extras zombis y cinco profesionales del CPB— cumplió exactamente con su tarea. Incluso hicieron un *making of*. Los aplausos llenaron el Texas.●